

aproximarse a conocer más en profundidad esta materia. Planteado desde una óptica esencialmente católica, resuelve con argumentos poderosos muchos de los tópicos más usuales relacionados con la bioética y en especial el aborto.

JUAN CAYÓN PEÑA.

François Fetjő: REQUIEM POR UN IMPERIO DIFUNTO (*)

El libro no puede llegar más oportunamente. El hundimiento del comunismo y la desintegración de la URSS y de su imperio ha vuelto a poner en evidencia y, por tanto, de actualidad, el mayúsculo desatino político cometido por las potencias victoriosas en 1918. La destrucción de la Monarquía dual supuso el fin de la estabilidad y equilibrio que la misma imprimía a la Europa Centro-Oriental, al servir de institución aglutinante de los diversos pueblo o naciones, que convivían entremezclados dentro de sus fronteras.

Lo primero que llama la atención y que, en cierto modo, explica la postura del autor es la dedicatoria de la obra: «A la memoria de mi padre, liberal, francmasón y ciudadano leal de la Monarquía Austro-Húngara».

La obra de Fetjő estudia y descubre las diversas causas que concurrieron a que desapareciese la Monarquía de los Habsburgo, rechazando y tratando de probar que no se produjo como la consecuencia histórica lógica de la dinámica natural del proceso provocado por el principio de las nacionalidades. Austria-Hungría no se desintegró en virtud de un destino inevitable al que le llevó la vigencia de tal principio, sino que tal destino le fue impuesto por los Estados triunfantes tras la llamada Gran Guerra, movidos, más por propósitos ideológicos partidistas y diríamos que sectarios, que por el propio bien de los pueblos a los que decían representar y defender.

Varios son los factores que —según Fetjő— concurrieron a la aniquilación del Imperio Austro-Húngaro. En primer término, las promesas de los aliados a Italia y Rumanía, de las que no se informó al presidente norteamericano Wilson, quien entraría en la guerra ignorándolas. A Italia, por el tratado secreto de 1915, se le prometió el Tirol del Sur, la región de Trieste, los condados de Gorzía y Gradisca, toda Istria hasta Quarnero, Volosca y las

(*) Biblioteca Mondadori, Madrid.

pequeñas islas de Plavnica, Unie, Canidole, Palzzoli, Saint Pierre de Nembi, Azinello y Gruica, con las islas vecinas, Dalmacia, la parte de costa entonces perteneciente a Hungría en el Adriático, etc. Como cabe comprobar, todas las concesiones pactadas en favor de Italia se hacían a costa de Austria-Hungría, a la que se trataba de mutilar para contentar a los italianos. Y lo mismo sucedió con Rumanía, a la que una convención «política» con Rusia, de 1916, otorgaba los territorios «que hubiese conquistado sobre Austria-Hungría por la fuerza de sus armas». Además había un acuerdo secreto con Inglaterra relativo a Constatinopla y los Dardanelos.

Otro factor a tener en cuenta, según Fetjő, son los movimientos centrifugos que, dentro del mosaico de pueblos que componían el Imperio, impulsó el principio de nacionalidades y que no encontraron una respuesta comprensiva por parte de las naciones hegemónicas, esto es germanos y húngaros, sobre todo de estos últimos poco propicios a las concesiones. El análisis que Fetjő hace de esta problemática, resulta bastante objetivo y completo dentro de los límites de la obra, aunque —a nuestro juicio— no carece de alguna sombra, como el tratamiento desfavorable de la figura del heredero, el archiduque Francisco Fernando, a pesar de que la honradez del autor le impide ocultar que la visión del archiduque, de la cuestión nacional y del predominio húngaro, era bastante más justa y saludable que la seguida hasta entonces. Igualmente las ideas de Francisco Fernando sobre la política exterior del Imperio indicaban una clara percepción de la trayectoria que convenía seguir a la Monarquía dual. Sin embargo, Fetjő no consigue ocultar los motivos que despiertan en él la antipatía hacia el heredero del Imperio: la actitud negativa de éste respecto a francmasones y liberales.

Pero los que influyeron y decidieron más eficazmente en la destrucción del Imperio Centroeuropeo de los Habsburgo fueron, a no dudarlo, el republicanismo francés, la francmasonería y la actividad incansable de los checos Masaryk y Benes.

La Primera Guerra Mundial comenzó como una guerra imperialista clásica y acabó como una guerra ideológica. En el transcurso de la misma una idea se abrió paso: la de la victoria a toda costa. No se trataba de obligar al enemigo a ceder, a retroceder, sino de inflingirle heridas incurables; tampoco de disminuirlo, sino de destruirlo. Ese concepto de victoria total condenaba, *a priori*, al fracaso cualquier tentativa de poner término a la carnicería a través de un compromiso razonable. Cambió la guerra, no sólo cuantitativamente, sino —usando un término hegeliano—

cuadritativamente. La idea pareció surgir de las profundidades populares y tenía acento místico. Consistía en presentar la guerra como un combate entre el bien y el mal. En convertir la lucha —que se iniciara por la pugna de intereses puramente estatales— en una cruzada.

Y ello surgió en Francia —explica Fetjő—, en tanto que prolongación, proyección de una dimensión internacional de la guerra civil, que mantenían, desde 1793, las dos Francias: la que no perdonó nunca la decapitación de Luis XVI y de la Austriaca y la del Terror; la Francia de los defensores de la Iglesia, de la autoridad, de los privilegios y la Francia heredera de la República jacobina, antimonárquica y anticlerical y a la que la guerra incitó a acabar, en el plano nacional e internacional, la obra interrumpida de la Gran Revolución.

Fue principalmente el partido radical francés el que imprimió ese giro a la contienda, tratando de *republicanizar* Europa. Los radicales —expone Fetjő— pensaban en Alemania, pero no olvidaban que en Alemania había también protestantes y masones. Mientras el enemigo tradicional, Austria-Hungría, encarnaba a la vez la monarquía y el catolicismo.

Recuperar Alsacia-Lorena, tomarse la revancha de Sedán, no era suficiente: el gran propósito ofrecido por la élite política e intelectual era extirpar el último vestigio del clericalismo y del monarquismo y eso ingorando, o fingiendo ignorar, el proceso de liberalización acelerado, al que se había asistido en Alemania y Austria-Hungría desde finales de siglo. Ese gran propósito llevó a los republicanos radicales a la unión sagrada con los elementos nacionalistas, revanchistas, de derechas, y a que escucharan los falsos testimonios de los emigrados de las naciones de la Monarquía Austro-Húngara.

En cierto modo, la liquidación de los restos del Sacro Imperio vino a ser el ajuste definitivo de las cuentas pendientes, en el plano internacional, desde la Revolución francesa. Para ello, la propaganda hubo de falsear la realidad, presentando a Austria, no solamente como clerical, sino también como reaccionaria y despótica, aunque, desde 1907, hubiese introducido el sufragio universal y fuese, con Hungría, uno de los países más liberales de Europa, uno de los primeros Estados de derecho del continente, según advierte Fetjő.

Y ese carácter de cruzada ideológica republicana, que el partido radical, como heredero del jacobinismo, supo dar a la guerra, acabaría arrastrando también al presidente Wilson —quien al entrar en la guerra nunca había pensado en destruir el Imperio de

los Habsburgo— y a los británicos, entre los que había una parcela antiaustro-húngara acaudillada por Seton-Watson, el cual infundido por Masaryk, a partir de 1914, se convirtió en un eficaz propagandista de la destrucción del Imperio Austro-Húngaro.

La francmasonería también jugó un papel primordial en esa corriente que llevó a la destrucción de la Monarquía dual. Denuncia Fetjö, cómo la misma, organización elitista, bien estructurada y mejor organizada y centralizada que los partidos políticos, fue la que desempeñó un papel de vanguardia en la transformación de la guerra de las potencias en una guerra ideológica para la *republicanización de Europa*, que quería ver convertida en una Europa agrupada en una Sociedad de Naciones —idea esencialmente masónica— una vez cortadas las cabezas del clericalismo y del monarquismo militarista.

La francmasonería sería decisiva para la ruptura de la Triple Alianza y para la entrada en guerra de Italia contra los Imperios Centrales, sus aliados. Por otra parte, el gran aparato de propaganda masónico fue puesto al servicio de la propaganda que proponía la victoria total como objetivo de la guerra y de la conversión de la contienda en guerra ideológica. También sirvió a la propaganda de los comités de emigrados checoslovacos, yugoslavos, etc., contra Austria-Hungría. Y en el congreso internacional masónico de los países aliados y neutrales, celebrado en París los días 28, 29 y 30 de junio de 1917, se aprobaría toda una gama de resoluciones, que, apuntando a la destrucción de la Monarquía dual, fueron enviadas a los gobiernos, aliados y neutrales. También fueron los masones, en su gran mayoría, los que apoyaron la política radical de Clemenceau y Pichon y boicotearon los intentos de paz de compromiso o por separado del emperador Carlos. Fetjö no atribuye en exclusiva la destrucción del Imperio a la francmasonería, pero sí la reconoce un papel de gran importancia, por mucho que lo nieguen.

Finalmente, no hay que olvidar la gran labor que desempeñaron los checos Masaryk y Benes —ambos masones— contra el Imperio Austro-Húngaro. La brillante inteligencia de Masaryk, su don de visionario y la fuerza de su argumentación convencieron, poco a poco, a la diplomacia aliada —a la que pudieron conocer, explica Fetjö, gracias a su amistades masónicas— de que el único medio de neutralizar a Alemania era rodeándola de pequeños Estados independientes y ferozmente antigermánicos y pro-occidentales, desmembrando a Austria-Hungría y al Imperio Otomano y construyendo una barrera contra las veleidades germánicas, sobre tres pilares poderosos eslavos de Occidente, que deberían ser Po-

lonia, los checos y los eslovacos unidos en un solo país y los eslavos del Sur.

Aunque Hitler se encargaría, veinte años después, de desmentir, con los hechos tales ideas, es lo cierto que inspiraron los tratados de paz que se le dictaron a Austria y a Hungría. El éxito de Masaryk y Benes no pudo ser más evidente, si bien trazarian para éste la senda que le llevaría, en definitiva, a la entrega de su patria a la URSS, bajo la cual los checos y los eslovacos estarían bastante más oprimidos durante medio siglo, que lo estuvieron nunca los súbditos de los Habsburgo.

No olvida Fetjő de relatar los distintos intentos del emperador Carlos de sacar a su patria de la guerra, consiguiendo una paz de compromiso lo más justa posible, y el fracaso de los mismos, que parece que sólo tuvieron posibilidades de llegar a buen término con Briand, frustradas al ser apartado del gobierno francés.

La conclusión de Fetjő es clara: *«el Imperio Austro-Húngaro no estalló, sino que le hicieron estallar».*

Cierto que existía una tendencia hacia la disgregación en virtud del principio de las nacionalidades, pero la misma no implicaba un destino inevitable, pues también existía un movimiento nada desdeñable hacia el federalismo. Por lo demás, la prueba, que representó la guerra para el Imperio y su cohesión, fue superada con indudable éxito, pues, salvo algunas excepciones checas, los habitantes de los distintos pueblos, que se integraban en la Monarquía dual, demostraron con creces su fidelidad y adhesión a la misma, luchando con valor en su defensa, como, por ejemplo, lo pueden atestiguar los italianos en Caporretto derrotados por tropas en gran parte croatas.

La desmembración de Austria-Hungría además vino caracterizada por la hipocresía, ya que, ni en un solo caso, se consultó a los pueblos de las naciones a las que afectó, ni siquiera en Checoslovaquia. El resultado fue la configuración de unos nuevos pequeños Estados independientes, artificiales e integrados por distintas nacionalidades, donde las minoritarias quedaron sometidas a las dominantes, por lo que, lejos de representar la barrera que se pretendía contra Alemania, la ofreció el pretexto para intervenir en una zona hasta entonces salvaguardada por la Monarquía de los Habsburgo.

Creo que, con lo expuesto, aparece claro el interés de esta obra de Francois Fetjő y la actualidad del tema tratado, que lo es con una honrada imparcialidad y rigor histórico y documental.

Sólo me resta comentar las deficiencias de la traducción y presentación. No se puede hablar del «Santo Imperio», que en espa-

ñol es el conocido por el «Sacro Imperio», ni designar al Papa Benedicto XV, como «Benito XV», ni traducir Genève, por Génova. Tampoco cabe presentar la descendencia del emperador Carlos VI, como la de «Carlos IV». Una editorial como Mondadori no puede cometer estas deficiencias, pues cuenta con medios más que suficientes para evitarlo.

GONZALO MUÑOZ VEGA.

**Thomas Molnar: THE CHURCH: PILGRIM
OF CENTURIES (*)**

¿Se puede escribir algo original sobre el estado actual del Catolicismo y de la Iglesia? Por cierto que proliferan obras exhaustivas y agudas sobre el tema. Una de ellas, «Iota Unum: un estudio de las variantes en la Iglesia en el siglo XX» tiene esas características y encuadra la cuestión con una cita definitoria de Pablo VI extraída de su mensaje del 18 de febrero de 1976, al final de su pontificado: «La Iglesia continuará su apertura y se compatibilizará con el mundo desfigurando su propia naturaleza. Pero su sustancia sobrenatural será preservada, limitada a un residuo mínimo que permitirá perseguir su fin sobrenatural en el mundo».

Aquí podría centrarse la clave del libro de Molnar: la Iglesia peregrina, acosada hoy por el mundo, aunque no de frente sino subrepticamente, a través de la modernidad, la revolución, el liberalismo. La embestida progresista no podría ser ignorada dados sus ribetes que llegan a ser violentos; sin embargo, hay algo más persistente, disfrazado, solapado y sutil que es el ablandamiento, la infiltración de lo secular, gradual y abiertamente, a través de la cultura de la época que todo lo penetra.

El embate constante de una cultura laica, científicista, filantrópica, permisiva, demagógica, ha hecho mella finalmente en el catolicismo a fuerza de erosionar fieles, instituciones y hasta la jerarquía, sin que haya mediado una suficientemente enérgica advertencia del proceso por parte de la misma Roma. En ocasión de celebrarse el centenario de la encíclica *Rerum novarum*, tan ad-

(*) Reproducimos de la revista argentina *Gladius*, núm. 19, Buenos Aires, 1991, págs. 153-164, el extenso comentario que al libro de nuestro amigo y colaborador Thomas Molnar, ha dedicado nuestro también amigo y colaborador Patricio H. Randle. [William Erdmans Publishing Co, Grand Rapids, Michigan, 1990, 182 págs.].